

Ian McGuire

El abstemio



Stephen Doyle, un veterano irlandés-estadounidense de la Guerra Civil, llega a Mánchester con sed de sangre. Se ha unido a los Fenianos, una sociedad secreta que intenta acabar por todos los medios con el dominio británico en Irlanda. Tras los pasos de esta sociedad va el jefe de policía James O'Connor, cuya misión consiste en descubrir y frustrar sus planes. Esta apasionante novela sobre la guerra clandestina por la independencia de Irlanda condensa la historia de dos hombres perseguidos por su pasado e impulsados por la necesidad de justicia y venganza.

A Abigail, Grace y Eve

*Y a la memoria de mi madre, Joan McGuire
(1925-2018)*

Capítulo 1

Mánchester, 22 de noviembre de 1867

Es medianoche. Hay cañones de campaña en Stanley Street y barricadas de madera en todos los puentes y cruces de la ciudad. Sobre las aguas oscuras y desiertas del río Irwell se eleva el resplandor anaranjado de decenas de fogatas. En el ayuntamiento, en King Street, James O'Connor se sacude la lluvia del bombín, se desabrocha el sobretodo, y los cuelga en el perchero que se encuentra a la entrada de la sala de descanso. Sanders, Malone y otros cuatro o cinco agentes dormitan en los jergones del rincón, los demás se entretienen jugando a las cartas, charlando o leyendo el *Courier* en las mesas. La estancia despide ese reconfortante olor a té recién hecho y a tabaco de pipa tan propio de los cuarteles; a mano derecha hay una estantería llena de mazas, a mano izquierda varios balones medicinales llenos de polvo y una mesa de billar cubierta con un tablón. Fazackerley, el sargento de guardia, repara en el recién llegado y lo saluda.

—¿Alguna novedad?

O'Connor niega con la cabeza.

—Alguien terminará apareciendo, ya verás —añade Fazackerley—. Algún imbécil con unas cuantas copas de más. Ésos nunca fallan, hazme caso.

O'Connor acerca una silla y se sienta. El sargento llena una tetera abollada con agua caliente de un termo y la remueve un par de veces.

—Me da que soy el único irlandés despierto a este lado de Kingstown —dice O'Connor—. Los demás se han quita-

do de en medio y están en el catre bien calentitos, como les han dicho en misa.

—Ah, yo creía que los fenianos no hacían caso a los curas.

—Sólo cuando les conviene —replica O'Connor—. Vamos, como todo el mundo.

Fazackerley asiente y deja escapar una sonrisa. Su rostro es un amasijo hirsuto de líneas y planos, lleva las cejas despeinadas y los cuatro pelos canosos que le quedan están grasientos. De no ser por el extraño brillo de sus ojos azules, que recuerdan más a los de un bebé o una muñeca de porcelana que a los de un cincuentón, podría parecer alguien exhausto o desfondado; pero ese brillo transmite cierta agudeza socarrona, cierto dinamismo incluso.

—Habrán visto a la caballería subiendo y bajando por Deansgate —prosigue O'Connor.

—O los cañones y las barricadas. No son tan tontos como tú te piensas.

—Al menos tres de ellos no te parecerán tan listos cuando den las ocho, ya verás.

Fazackerley ladea la cabeza, pone los ojos en blanco y saca la lengua como si lo estuvieran ahorcando, pero O'Connor no le presta atención. Ya han pasado nueve meses desde que llegó de Dublín en comisión de servicios y ha terminado acostumbrándose a la forma de ser de sus compañeros ingleses. Se pasan el día entero gastándole bromas, peleándose por un aumento de sueldo, picándole y provocándole para ver cómo reacciona. A primera vista parecen simpáticos, pero por debajo de las risitas y las carcajadas se percibe una corriente de desconfianza. «¿Quién es —parecen preguntarse— este irlandés que ha aparecido de la nada para decirnos cómo hacer nuestro trabajo?». Hasta Fazackerley, el mejor de todos ellos con diferencia, lo mira casi siempre como si fuese una extravagancia curiosa, una rareza insólita, como un apache o un oso que baila. Otras personas podrían sentirse ofendidas, pero a O'Con-

nor le da igual. No le apetece lo más mínimo dar explicaciones. A veces es mejor ser un incomprendido.

—Maybury dijo que subieras a verlo en cuanto llegaras —añade Fazackerley mientras se despereza—. Está con Palin.

—¿Qué hacen esos dos juntos? ¿Qué querrán?

Fazackerley se echa a reír.

—Pero ¿es que no te has enterado todavía? Eres nuestro puto oráculo, cabo O'Connor. Quieren que les leas el futuro.

—Si me hubieran hecho caso, Charley Brett estaría vivo.

—Puede, pero no creo que te convenga sacar ese tema. A los peces gordos no suele hacerles mucha gracia que les recuerden sus errores.

—Dicen que a Palin van a darle la patada cuando pase todo esto. Que lo van a jubilar.

—Anda que no les gusta a los policías chismorrear, ¿eh? —comenta Fazackerley—. ¿Te ves ocupando su puesto, Jimmy? ¿O debería decir jefe superior O'Connor?

El sargento de guardia se ríe de su propia ocurrencia como si fuese un chiste de primera. O'Connor se acaba la taza de té, se estira el chaleco y lo manda educadamente a la mierda.

Una vez arriba, el detective se detiene un instante en la puerta del despacho y se queda escuchando. A Maybury lo conoce muy bien, pero al jefe superior sólo lo ha visto de lejos en actos oficiales, subido a un estrado o a lomos de un caballo. Palin es un hombre achaparrado, de aspecto castrense. Y, al menos en público, parece también algo estirado e inquieto. El día que se produjo la emboscada se había marchado a alguna parte y, como fue imposible localizarlo, nadie prestó la debida atención a las múltiples señales de advertencia que les estaban llegando. De momento ya han despedido a un administrativo del cuartel general

por aquel desastre, pero todos los rumores apuntan a que el ministro del Interior, el señor Gathorne Hardy, tomará cartas en el asunto y, tarde o temprano, obligará a Palin a retirarse. No puede haber peor castigo para una persona como él que una jubilación forzosa en la campiña rodeado de lujos y comodidades.

O'Connor los oye hablar a través de la puerta —los susurros de Palin, las interrupciones esporádicas de Maybury—, pero no alcanza a entender lo que dicen. Llama a la puerta, se hace un silencio y Maybury lo invita a pasar. Ninguno de ellos sonrío ni se levanta de la silla. Maybury —un hombre corpulento, de estatura mediana, con patillas de hacha y una mancha de color burdeos en la mejilla— lo saluda con la cabeza. Palin observa con suspicacia a O'Connor, como si creyese haberlo visto antes pero no recordase dónde. Los dos están en mangas de camisa y Palin fuma un puro. Encima de la mesa puede verse un bote de mostaza y una botella de vinagre; en el aire cargado de volutas azuladas flota un ligero aroma a salchichas.

—El sargento me ha dicho que quería usted verme, señor —le dice el detective a Maybury.

Éste mira al jefe superior para cederle la palabra, pero Palin rechaza la invitación con un gesto.

—Haga el favor de darnos el parte de la situación, detective —le ordena Maybury con naturalidad, como si considerase que ésa es una de las obligaciones cotidianas de O'Connor, como si rendir cuentas ante el jefe superior de policía de Mánchester en mitad de la noche formase parte de su trabajo.

O'Connor saca su libreta del bolsillo interior y pasa unas páginas.

—Llevo todo el día dando vueltas por la ciudad —responde— y, por lo que me han contado mis informantes, no creo que esta noche suceda nada. Estoy convencido de que las ejecuciones se desarrollarán sin incidentes. Si se producen represalias, será más adelante, cuando se calmen

un poco las cosas y no haya tropas desplegadas en la ciudad.

—Ah, ¿le han llegado entonces rumores de represalias?

—Como pasa siempre, señor, circulan infinidad de rumores. Pero no creo que haya motivos para preocuparse por el momento.

—Parece que los fenianos se han llevado un buen susto —añade Palin despreocupadamente, como si estuviese confirmando una obviedad—. Nuestra demostración de fuerza ha surtido el efecto deseado.

—Por el momento sí, señor —coincide O'Connor—. Pero me temo que la situación será muy diferente en uno o dos meses.

—¿Diferente? ¿En qué sentido? —pregunta Maybury.

—Las ejecuciones provocarán un estallido de rabia. Mucha gente cree ya que las sentencias son injustas, que la muerte del sargento Brett fue como mucho un homicidio involuntario, no un asesinato. Cuando se ahorque a los tres condenados, la hermandad recibirá muchas adhesiones nuevas. Los círculos de Mánchester podrían acabar ampliándose y reforzándose.

Al oír esto, Palin frunce el ceño y se endereza.

—No sé si le estoy entendiendo bien —replica—. ¿Está usted sugiriendo que un castigo ejemplar podría servir en realidad de acicate para que se vuelva a cometer el mismo delito? ¿En qué cabeza cabe eso? ¿Qué sentido tiene?

El detective lanza una mirada de auxilio a Maybury, pero éste se limita a levantar las cejas y a sonreírle inexpresivamente.

—Es peligroso crear mártires, señor.

—¿Cómo que mártires? —responde Palin—. Esos hombres no son mártires; son presos comunes. Han matado a un agente a sangre fría.

—Desde luego, señor. Yo opino lo mismo, pero en los barrios irlandeses lo ven de otra manera.

—Pues me cuesta mucho entenderlo. No me puedo creer que sus compatriotas sean tan obcecados —añade—. ¿Tanto les cuesta aprender una lección?

O'Connor guarda silencio un instante. Aún se acuerda de cuando repatriaron desde California el cuerpo del viejo revolucionario Terence MacManus en el 61 y medio Dublín se echó a la calle bajo una niebla espesa y una lluvia incesante para asistir al cortejo fúnebre. Había gente asomada a las ventanas y una multitud abarrotaba Mountjoy Square. Cuando la columna llegó a las puertas del cementerio de Glasnevin tenía una longitud de tres kilómetros. Debían de ser unas veinte mil personas, pero no se oyó ni el más leve susurro cuando el féretro fue depositado en la fosa. «Si les das un cadáver a los fenianos —se dijo el detective—, ten por seguro que sabrán cómo usarlo en beneficio propio». Antes de que repatriasen a Terence Bellew MacManus nadie había oído hablar de la hermandad; pero al día siguiente sus miembros ya eran los herederos oficiales de la revuelta del 48. Héroes en ciernes. Un hombre inteligente no debería subestimar nunca el poder inmenso de los huesos y las cenizas, pero Palin no es demasiado inteligente. Ni él ni Maybury lo son.

—La mayoría de mis compatriotas son personas humildes y sin estudios, señor —replica O'Connor—. Los fenianos saben cómo aprovecharse de esta ignorancia y les prometen la libertad y el fin de todas sus penalidades.

—Los fenianos son unos fanáticos.

—No le falta razón, señor. Pero convendrá conmigo en que los fanáticos no se dejan amilanar con facilidad.

—Nosotros tampoco —responde Palin—. Eso es lo que intento explicarle, detective. El Imperio británico no es un castillo de naipes a punto de desmoronarse; ha sobrevivido a motines mucho peores que éste. Dígalos a sus confidentes que difundan ese mensaje. Que nuestros enemigos sepan que se están sacrificando por una causa que está perdida de antemano.

—No me parece que...

Maybury interrumpe a O'Connor antes de que pueda terminar.

—Los colaboradores del detective no están en posición de transmitir ese tipo de mensajes, señor —puntualiza—. Pondrían en riesgo sus vidas.

—Claro, claro —responde Palin—. No me había parado a pensarlo.

Se hace un silencio. El carbón crepita en la chimenea. Palin suspira un par de veces y aplasta la punta de su puro en una taza de café vacía.

—A todo esto, ¿de dónde salen esos confidentes? —pregunta el jefe superior, volviéndose hacia Maybury—. Y ¿cómo sabemos que son de fiar?

—Por lo general, son ellos los que acuden a nosotros —contesta Maybury—. Suelen colaborar con nosotros por dinero. Y siempre tratamos con mucha cautela la información que nos ofrecen. Necesitamos conocer los planes de los febianos con antelación para poder atajarlos de raíz.

Palin se rasca la barbilla y tuerce el gesto.

—Ese tipo de personas son parásitos. A veces pienso que nos estamos rebajando.

—En ocasiones hay que ensuciarse un poco las manos para conseguir lo que uno quiere —replica Maybury despreocupadamente, como si estuviese citando un viejo refrán—. Y para eso tenemos aquí a O'Connor.

Palin asiente, esboza una sonrisa y se vuelve otra vez hacia el detective.

—Comprendo. ¿Es eso lo que hace usted para nosotros, O'Connor? —suelta el jefe superior, ligeramente sorprendido por la impertinencia de su propia pregunta—. ¿Ensuciarse las manos?

—Pues en cierta manera sí, señor. Es una buena manera de expresarlo.

—Y ¿le gusta este tipo de trabajo? ¿Cree usted que encaja en él?

O'Connor se da cuenta de que están tomándole el pelo, de que Palin quiere ponerlo en su sitio. Hace tiempo que se acostumbró a las pullas de sus compañeros ingleses, pero no deja de sorprenderle que el jefe superior también sienta la necesidad de incordiarle.

—Me limito a cumplir con mi deber lo mejor que puedo, señor —responde—. Y confío en que mi trabajo sea de alguna utilidad.

Palin se encoge de hombros.

—Estamos librando una batalla absurda contra un enemigo miserable e irracional. Si espera que nos den una medalla por esto, será mejor que se lo quite de la cabeza.

O'Connor asiente, pero guarda silencio. Contempla la punta de sus zapatos: una superficie de piel negra agrietada sobre el fondo de remolinos rojos y verdes de la alfombra. Siente el calor de la chimenea en las pantorrillas y la espalda. Ha aprendido que lo mejor en momentos así es callarse. Sabe por experiencia que no se gana nada contesando y, sin embargo, es mucho lo que se puede perder.

—Vuelva a su trabajo —le ordena Maybury—. Si se entera de algo, háganoslo saber.

—Y dígame a Harris —añade Palin, estirándose para alcanzar el periódico vespertino— que nos traiga más café. No queda nada en la cafetera.

Cuando regresa a la sala de descanso, O'Connor decide jugar un rato a las cartas en lugar de tumbarse. Pierde un chelín, luego lo recupera y vuelve a perderlo. Una vez saldadas las deudas con Fazackerley, se pone el sombrero y la gabardina, y sale de nuevo a la calle. Un cielo plomizo se cierne sobre los edificios negruzcos. Cruza Deansgate y baja por Bridge Street rumbo al río Irwell. Los borrachos desaliñados a los que acaban de expulsar de las cervecerías parpadean y miran a su alrededor con los ojos enrojecidos, como si no recordasen bien quiénes son ni dónde se en-

cuentran. En los portales de los edificios, las mujeres charlan animadamente con un chal sobre los hombros y los brazos cruzados para protegerse del frío. Los escaparates de las tiendas están cubiertos con tablones en previsión de altermcados, pero por todas partes se ven puestos ambulantes en los que se vende café y pasteles, y granujas que ofrecen pasquines por medio penique.

Llegan en grupos de dos y tres, de seis y siete. Desde Knott Mill o Ancoats, desde Salford o Shude Hill. Formas sombrías y voluminosas vestidas con prendas de lana y fustán. Tienen la piel macilenta y sucia. Cuando pasan al lado del detective, charlando y bromeando, despiden una mezcla de olor a serrín, tabaco de pipa y sudor que se les ha pegado a la piel después de horas trabajando en el aserradero. O'Connor se ve obligado a reconocer que hay cierta majestuosidad en una ejecución: es como presenciar el derrumbe de un edificio bonito o el hundimiento de un barco. Ante un espectáculo de esa naturaleza, uno tiene la sensación de estar contemplando la verdad de algo, como si la realidad se hubiese despojado de todo lo accesorio y se nos revelase por fin su esencia.

Un grupo de agentes especiales y de voluntarios desplazados desde Rochdale y Preston monta guardia bajo el cadalso para impedir un ataque por sorpresa. Fuman, ríen, se pelean y cantan; de vez en cuando alguien los reprende y los obliga a hacer algún tipo de ejercicio. Están armados con palos y van identificados con brazaletes blancos. Entre las barricadas hay un constante ir y venir de gente, mucho griterío y un enorme barullo. A medida que el cielo se ilumina por el este, cada vez es mayor el gentío, y O'Connor nota cómo la emoción va creciendo en su interior: en el pecho, en el estómago, en las mismas entrañas. No puede evitarlo. También él es humano. Mientras camina por el puente, la multitud parece animarse de pronto y las personas que tiene a su alrededor se pegan más a él; nota el hedor alcohólico en su aliento, lo respira, y se siente parte de

una fuerza que lo supera: de un destino colectivo, de una pulsión indefinida pero acuciante. En el viaducto ferroviario que da al muro norte de la prisión se han desplegado varias líneas de soldados de infantería con casaca roja armados con rifles y bayonetas. Policías de uniforme azul montan guardia en todos los cruces. El reloj de la cárcel da la media.

En opinión de O'Connor, los soldados son un error: el enfrentamiento con los fenianos no se resolverá nunca por medio de la fuerza bruta, y su sola presencia llevará a muchos a pensar que están en guerra. Semejantes demostraciones de poder son inútiles; únicamente sirven para echar más leña al fuego. Esta batalla sólo puede ganarse con sensatez y un trabajo policial minucioso, no con alardes de arrogancia y crueldad. Sin embargo, éstas son precisamente las herramientas preferidas de los ingleses. O'Connor ya ha expresado su parecer, con un tono mucho más comedido, en los informes que elabora para Maybury y en las cartas que envía al Castillo de Dublín, pero habría dado igual que los escribiera en chino o en hebreo.

Cuando el reloj da las ocho, la gente que lo rodea guarda silencio y levanta la mirada. De una puerta situada en la parte posterior del cadalso sale un sacerdote con sotana seguido por uno de los condenados: William Allen. El sacerdote empieza a recitar la liturgia y Allen, que tiene un aspecto frágil y asustado, le responde. «Cristo, ten piedad de nosotros. Señor, ten piedad de nosotros». Sus voces entrelazadas suenan débiles, pero se oyen con claridad. Allen mira a la multitud y enseguida aparta la vista. Poco después es Calcraft, el verdugo, quien sale a la tarima. Le siguen los otros dos reos, O'Brien y Larkin, cada uno de ellos escoltado por un guardia y un sacerdote entonando un salmo. Allen tiene los ojos cerrados y las manos entrelazadas en un torpe gesto de oración. El sacerdote le susurra unas palabras al oído. Calcraft ajusta y aprieta las sogas, ata los tobillos de los reos y les cubre la cabeza con un saco de arpillera.

ra. O'Brien se vuelve y besa descuidadamente a Allen en la mejilla. A Larkin le fallan las piernas y se produce un pequeño revuelo mientras uno de los curas y un guardia tratan de sujetarlo. Calcraft, impertérrito, va de un lado a otro, cerciorándose de que todo está a punto y ajustando los nudos con la pericia y la agilidad de un sastre que toma medidas. Contempla un instante su obra, asiente satisfecho y se aleja. O'Connor oye a lo lejos un mugido, como un corcho seco saliendo de una botella, y de las proximidades del río llegan también el traqueteo de unos carros y el relincho de un caballo. Los reos aguardan juntos bajo el grueso travesaño de roble, separados pero aun así cerca, como tres cariátides mal talladas, y al cabo de un segundo desaparecen con una violencia insólita. En el lugar que antes ocupaban esos cuerpos llenos de vida quedan tan sólo tres cuerdas tensas como grietas alargadas en el muro de la prisión. El gentío contiene la respiración y después deja escapar un suspiro que suena como una ola retirándose de la orilla. O'Connor se estremece, traga un poco de saliva y siente una arcada.

Se produce una pausa, un paréntesis silencioso; el momento crucial parece haber pasado, pero de repente una de las cuerdas empieza a moverse, a balancearse, y del foso vallado que se encuentra debajo de la tarima llegan unos gruñidos agónicos. Resuenan los primeros abucheos, y después algunos silbidos. Los sacerdotes dejan de rezar y se asoman. La soga continúa moviéndose y, como si fuera un pez moribundo, la cabeza de Larkin aparece por el agujero y vuelve a desaparecer cuando Armstrong, el ayudante del verdugo, lo levanta y lo deja caer otra vez para rematarlo. «Por el amor de Dios, ¿tan difícil es matar a un hombre? —se pregunta O'Connor—. Esa cuerda, esa maldita caída. ¿De verdad es tan difícil?».

El detective se da la vuelta y trata de abrirse paso a empujones entre la densa multitud que hormiguea a su alrededor. Por simple rutina, echa un vistazo al gentío para ver si

localiza a alguien conocido. A su izquierda, a poco más de cinco metros, ve a Tommy Flanagan solo, tocado con un sombrero de castor y fumando una pipa de espuma de mar. «Si hay un hombre en este mundo dispuesto a desoír los más elementales dictados de la prudencia y la sensatez — se dice O'Connor—, ése es sin duda Thomas Flanagan». Se detiene y se queda un rato observándolo. Flanagan da una calada a la pipa, echa una voluta de humo gris, parpadea y levanta la mirada. Es un tipo bajo y desgarbado con unas cejas pobladas de color oscuro, las mejillas hundidas y una nariz demasiado grande para lo chupado que es su rostro. Como suele ocurrir casi siempre, parece satisfecho y pagado de sí mismo. Viéndolo en mitad de la multitud, cualquiera diría que, en lugar de haber presenciado la ejecución de tres compatriotas, acaba de ganar una apuesta en el hipódromo. O'Connor se acerca para llamar su atención. Cuando Flanagan por fin repara en él, frunce el ceño, sonríe fugazmente y señala con la cabeza en dirección a Worsley Street.

Diez minutos después, los dos están sentados a la mesita de un reservado al fondo del White Lion. Flanagan añade un chorro de agua caliente a su brandy y O'Connor lo observa. Tiene la libreta encima de la mesa y el lápiz en la mano.

—Se preguntará usted qué hago aquí —dice Flanagan—, por qué no me he quedado calentito en la cama o me he ido a misa con todos los demás.

—Imagino que te han enviado para que informes de todo lo que ocurre.

Flanagan sonríe con desdén y niega con la cabeza.

—Pues se equivoca —contesta—. Estoy aquí porque me apetece. Ya sabe usted, señor O'Connor, que yo no soy un mandado. Me gusta seguir mi propio camino.

O'Connor asiente. Ésa es la justificación que Flanagan suele dar a sus múltiples traiciones, y lo mejor siempre es no llevarle la contraria. Es un tipo frívolo y vanidoso, pero